

CAPÍTULO XXII

Hernan Cortés fija su cuartel general en Texcoco.—Condiciones ventajosas que reunia la ciudad para ese objeto.— Varios embajadores de diversas poblaciones y provincias se presentan á Cortés, solicitando su favor y ofreciéndose por vasallos del rey de España.— Guatemotzin amenaza á algunos caciques con destruirles, si no se separan de la alianza con los españoles.—La contestacion es poner presos á los enviados y presentarlos á Cortés.— Este los deja en libertad.— Cortés invita á la paz á Guatemotzin y no recibe respuesta.—Marcha Cortés sobre Iztapalapan.—Toma la ciudad á viva fuerza.—Muchas ciudades situadas en el valle, se adhieren á los españoles.—Los señores de la importante provincia de Chalco, se declaran espontáneamente vasallos de la corona de Castilla.— Los chalqueños piden auxilio á Cortés contra los mexicanos.— Invita segunda vez Hernan Cortés á Guatemotzin á la paz.— La contestacion es prepararse á la guerra.—Envia Cortés á Sandoval por los bergantines.—Al pasar por Zoltepec halla en un *teocalli* las cabezas de algunos españoles sacrificados.— Encuentra Sandoval en el camino á los tlaxcaltecas conduciendo los buques á Texcoco.— Espíritu guerrero del jefe tlaxcalteca Chichimecatl.

1521. Puesto en el trono del reino de Acolhuacan el jóven Ixtlilxochitl, Hernan Cortés resolvió fijar su cuartel general en Texcoco. No podia ser mas acertada su eleccion para el objeto que se habia propuesto de tomar la capital de Méjico. Texcoco habia alcanzado llamar la aten-

cion por su buen clima, feraz terreno y magnífica situacion, desde que pisaron el Anáhuac las primeras tribus salidas del Norte. Los toltecas, que fueron los que antes que ningun otro llegaron á establecerse en el país, fundaron la ciudad con el nombre de Catenihco, cautivados no menos de la bella situacion del punto, como de su clima y pintorescos alrededores. Los chichimecas, que llegaron al país despues de haberlo abandonado los toltecas, admirados del bellissimo paisaje que rodeaba á la poética poblacion, le pusieron el nombre de Texcoco, que significa *lugar de detencion*, porque en él se detuvieron, seducidos de las ventajas que proporcionaba á la vida.

Para Hernan Cortés, Texcoco presentaba condiciones de una importancia inestimable en la campaña que iba á empezar contra el imperio azteca. Los dominios del reino de Acolhuacan, confinando con los de la república de Tlaxcala, facilitaba á los españoles la comunicacion de un país al otro; la ciudad era, despues de Méjico, la mejor de las que embellecian el valle, y la abundancia de víveres y sus magníficos edificios, les proporcionaban todo lo necesario para la subsistencia. Capital de las mas adelantadas en las artes y en la industria, contaba con entendidos operarios y artesanos, que podian ser altamente útiles á Cortés en cualquiera obra que necesitase para el ejército. Situada á las márgenes de la laguna, los bergantines podian arrojar al agua en el momento que llegasen de Tlaxcala, quedando los castellanos enseñoreados del ancho lago. A estas ventajas añadía la de su proximidad á Méjico, circunstancia de mucha importancia para el caudillo español, pues así podia adquirir noticias exactas de todos los movi-

mientos de las tropas mejicanas, obrando en consecuencia, con acierto y seguridad.

Hernan Cortés que nunca descuidaba las precauciones, aun cuando menos pareciese que se debia temer un ataque de los contrarios, hizo que se fortificase el palacio que servia de cuartel á la tropa. Sabia que nadie era mas irreconciliable enemigo de los mejicanos que el nuevo señor Ixtlilxochitl; pero no tenia la misma certeza respecto de los nobles y de los grandes. No ignoraba que mucha parte de la nobleza se hallaba íntimamente unida á los aztecas, por enlaces matrimoniales contraidos en las familias, y temia que se uniesen á la política del emperador de Méjico (1). Juzgó, por lo mismo prudente, levantar fortificaciones en el vasto edificio que servia de alojamiento al ejército, para evitar así un golpe de mano de los enemigos, cuando él empezase sus operaciones por el valle, dejando una corta guarnicion en Texcoco.

Todo era animacion y alegría en la ciudad, desde que empuñó las riendas del gobierno el jóven Ixtlilxochitl. Las familias que habian abandonado la poblacion á la llegada de los españoles, temiendo que se diese principio á una guerra asoladora, volvieron á sus hogares al ver al nuevo monarca colocado en el trono que le correspondia, y nadie pensó ya en otra cosa que en la ocupacion de sus negocios particulares.

La conducta observada por los soldados españoles y aun

(1) «No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos, y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos, mas despues el tiempo le desengañó, y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl, y de todos.»—Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Hist. chich. M. S.

por los tlaxcaltecas con los nativos, era digna, como habia encargado Hernan Cortés que fuera, y pronto reinó entre los texcocanos y los aliados, la mas cordial amistad.

La política atenta del caudillo español; sus consideraciones con los habitantes de los pueblos y su benevolencia hácia los que ejercian algun mando en las ciudades, le conquistaron bien pronto las simpatías y el aprecio de la provincia entera. De todas partes le enviaban embajadores, ofreciéndose los habitantes de las aldeas y ciudades, por vasallos del monarca de Castilla, y suplicándole que les defendiese de los mejicanos.

Tres dias llevaba de estar en Texcoco, cuando se presentaron á él los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, ciudades sumamente inmediatas á la capital texcocana que, por su proximidad, podian considerarse, como ya he dicho otra vez, como suburbios de ella. Llenos de pena por las hostilidades que habian sufrido en su retirada de Méjico á Tlaxcala, le suplicaron que les perdonase lo pasado, pues no habian obrado por voluntad de ellos, sino por órdenes que habian recibido, y que les admitiese como fieles súbditos del rey de España (1). Hernan Cortés que anhelaba con todas veras atraerse la amistad de los pueblos, para aumentar el número de sus partidarios y el de enemigos contra Méjico,

(1) «Viniéronme á hablar el señor de Coatlichan y Gauzeita y el de Autengó, que son tres poblaciones bien grandes, y están, como he dicho, incorporadas y juntas á esta ciudad, y dijéronme llorando que los perdonase porque se habian ausentado de su tierra; y que en lo demás, ellos no habian peleado conmigo, á lo menos por su voluntad; y que ellos prometian de hacer de ahí adelante todo lo que en nombre de V. M. les quisiese mandar.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

les recibió con benignidad, admitió gustoso la alianza que le ofrecian, y les prometió su proteccion. Al tener la corte de Méjico noticia del paso dado por los señores de las tres ciudades referidas, se alarmó viendo separarse de la liga á las poblaciones más importantes. Altamente disgustado el emperador azteca Guatemotzin, del hecho referido, envió, con personas de su confianza, una severa reprension á los nuevos aliados de Cortés. Les dijo que si el temor les habia obligado á dar la obediencia á los enemigos de su religion, no olvidasen que Méjico tenia mas poder que los hombres blancos, y que pronto éstos y las tropas tlaxcaltecas perecerian, sin que nadie lograra salvarse: que si no habia sido por temor, sino por el interés de los Estados y posesiones que tenian en Texcoco, en los dominios de Méjico, se les daria espaciosos terrenos que en nada desmereciesen á los que poseian. El monarca azteca terminaba exigiendo que abandonasen el partido de los españoles, y diciéndoles que se presentasen en la corte mejicana, donde encontrarían el premio á sus buenos servicios (1).

Las amenazas de Guatemotzin, á las cuales fueron unidas las del destronado rey de Texcoco Coanaco, lejos de intimidar á los señores de Huexotla, Coatlichan y Atenco, les llenó de indignacion. Habian ofrecido sinceramente su amistad á Hernan Cortés, y se creyeron ofendidos con las

(1) «Que si por temor era, que bien sabian que ellos eran muchos, y tenian tanto poder, que á mí y á todos los españoles y á todos los de Tascaltecal nos habian de matar, y muy presto; y que si por no dejar sus tierras lo habian hecho, que las dejasen y se fuesen á Tenuxtitan, y allí les darian otras mayores y mejores poblaciones donde viviesen.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

palabras del monarca mejicano. Deseando dar una prueba de su adhesion á la causa que habian abrazado, pusieron presos á los enviados y los entregaron al caudillo español, dándole cuenta de la mision que habian llevado.

El general castellano preguntó á los enviados del rey Guatemotzin, el objeto de la embajada. No negaron que habian sido enviados por el monarca mejicano; pero dieron por causa un motivo muy diferente del que habian llevado. Dijeron que sabiendo el emperador de Méjico que los señores de las tres ciudades próximas á Texcoco eran vistos con benevolencia por el jefe castellano, les habia enviado para suplicarles que fuesen mediadores en los convenios de paz entre mejicanos y españoles, pues comprendia que la guerra daria por resultado la ruina de los pueblos.

Hernan Cortés, procurando poner de su parte todos los medios que condujesen á no verse precisado á castigarles, fingió creer lo que le decian. Admitió como una verdad el pretexto; y poniéndoles en libertad, les encargó que dijese á su soberano que él no queria llevar la guerra á los mejicanos, sino su amistad. Dijo que los hombres que habian provocado la lucha contra los hombres blancos, habian muerto; y que, por lo mismo, se debia dar al olvido lo pasado, y reanudar la antigua amistad que existió entre cristianos y aztecas. Hernan Cortés terminó diciendo á los mensajeros, que aconsejasen al monarca azteca que no diese motivo á que le destruyese sus tierras y ciudades, como estaba resuelto á hacerlo, bien á su pesar, en caso de que se obstinase en sostener la guerra (1).

(1) «Porque deseaba atraer á los de la ciudad á nuestra amistad, porque

Cortés procuraba por estos medios pacíficos y de olvido del pasado, inclinar el ánimo de los mejicanos á la paz, tratando de persuadirles que sus proposiciones nacian de un noble sentimiento, puesto que contaba con suficientes fuerzas para destruir la capital y asolar los campos. Pero todo era inútil. El emperador Guatemotzin se hallaba preparado á la lucha y resuelto á vencer ó morir en ella, y solo las armas eran las que debian resolver la cuestion.

Ocho dias llevaba el ejército español de haber llegado á Texcoco. Las obras de fortificacion en los cuarteles se hallaban muy adelantadas, y entre los habitantes y las tropas reinaba la mejor armonía.

El objeto del general castellano al marchar de Tlaxcala á Texcoco, habia sido ocuparse en operaciones militares que diesen por resultado atraerse la alianza de los pueblos y ciudades del valle, en tanto que se construian los bergantines, y reducir á Méjico á solos los recursos que pudiese proporcionarse de los pueblos mas inmediatos. Su plan era quitar á la capital el apoyo de las provincias tributarias, para dirigirse á ella cuando se encontrase completamente aislada. Aunque eran numerosos los señorios que se habian segregado de la corona de Méjico para

della dependia la paz ó la guerra de las otras provincias que estaban alzadas fice desatar aquellos mensajeros, y díjeles que no tuviesen temor, porque yo les queria tornar á enviar á Tenuxtitan, y que les rogaba que dijese á los señores que yo no queria guerra con ellos, aunque tenia mucha razon, y que fuésemos amigos, como antes lo habíamos sido, y por mas los asegurar y atraer al servicio de V. M. les envié á decir que bien sabia que los principales que habian sido en hacerme la guerra eran ya muertos, y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello.»—Tercera carta de Cortés.

unirse á la de Castilla, aun contaba el imperio azteca con grandes ejércitos y populosas ciudades próximas á la corte, que podian disputar la victoria á los invasores. Semejante á los gigantescos ahuehetes, que se levantaban robustos y allivos en las espesas selvas del Anáhuac, extendiendo sus profundas raíces á distancias considerables que le dan fuerza para resistir los embates de los terribles huracanes, el imperio mejicano habia extendido las raíces de su poder en los alrededores de la capital. Los enlaces de familia le habian proporcionado la adhesion constante y firme de importantes ciudades que formaban el núcleo de su poder. El caudillo español se propuso ir destruyendo una á una esas ciudades, para que, dejando aislado el árbol, viniese á tierra, al descargar sobre él su furia el huracan.

La poblacion mas importante y poderosa, la mas adicta á la corona de Méjico, era Iztapalapan; pintoresca ciudad, gran parte de ella colocada sobre el agua de la laguna, á dos leguas de la corte azteca, y que contaba, segun afirma Hernan Cortés, con cincuenta mil habitantes (1). De ella habia sido señor Cuitlahua, hermano de Moctezuma, el mismo que obligó á los españoles á salir de la capital y del imperio.

El general castellano se propuso empezar sus operaciones militares, dirigiéndose á la expresada ciudad. Sabia que en ella se disponian grandes fuerzas en defensa del imperio, y á la vez que se propuso destruirlas, quiso castigar á los habitantes que habian ayudado á su señor á lanzar á los

(1) «La cual dicha ciudad será de hasta diez mil vecinos.»—Tercera carta de Cortés.

españoles del territorio mejicano (1). Resuelta la marcha, dejó á Gonzalo de Sandoval en Texcoco, con una fuerte guarnicion, y él se dispuso á emprender inmediatamente la marcha. El jóven Ixtlilxochitl, deseando cooperar al éxito de la empresa, le dijo que dispusiese de las fuerzas texcocanas que quisiese, y le dió veinte personas de la alta nobleza para que sirviesen bajo sus órdenes. El general español le dió las gracias, y solo admitió los veinte nobles, parientes la mayor parte del jóven monarca y enemigos declarados del emperador de Méjico. Pocas horas despues Hernan Cortés salia de Texcoco al frente de doscientos españoles, cuatro mil tlaxcaltecas y los nobles texcocanos. Entre los primeros iban diez arcabuceros, treinta ballesteros y diez y ocho de caballería. La marcha hácia Iztapalapan se emprendió por la orilla oriental de la laguna, con las precauciones que nunca descuidaba el jefe castellano. El paisaje que se presentaba á la vista del ejército era altamente pintoresco y risueño. Extensas campiñas, cubiertas de maizales; espesas arboledas de frondosos árboles y deliciosas huertas, en que abundaba el pimiento, se descorrían á un lado, en tanto que por el otro lado se descubria el tranquilo lago cubierto de ligeras canoas que cruzaban por la tersa superficie, dirigiéndose á las diversas poblaciones situadas en las márgenes de aquel tranquilo «*mar interior*,» como le llama Hernan Cortés.

No se les ocultó á los mejicanos el intento del caudillo

(1) «Habia sido el principal que nos habia hecho la guerra y echado fuera de la ciudad. Y así, por esto, como porque habia sabido que estaban de muy mal propósito los desta ciudad de Iztapalapa, determiné de ir á ellos.»—Tercera carta de Cortés.

español. El emperador Guatemotzin tenia colocados sus espías en todos los puntos ocupados por sus enemigos y recibia oportuno aviso de sus operaciones. Informado de la disposicion tomada, puso en conocimiento de los habitantes de Iztapalapan lo que pasaba, ordenándoles que se preparasen, y enviándoles al mismo tiempo ocho mil hombres de tropas mejicanas en auxilio de la poblacion.

Los españoles llegaron sin encontrar adversario ninguno hasta la distancia de dos leguas de la ciudad enemiga. De repente descubrieron una fuerza bastante considerable de guerreros que les esperaban, presentándoles batalla. Se componia de mejicanos y de las tropas de Iztapalapan. Hernan Cortés acometió á sus contrarios con ímpetu terrible, y el choque fué resistido con valor y esfuerzo. Largo rato sostuvieron los mejicanos la lucha con notable denuedo; pero atropellados por la caballería; viéndose heridos por la valiente infantería española, y acosados por los bravos tlaxcaltecas, que se arrojaban con furia espantosa sobre ellos, emprendieron la retirada hácia la ciudad (1). Los vencedores siguieron el alcance, casi mezclados entre los que huian, matando á cuantos alcanzaban y penetrando en la ciudad casi al mismo tiempo que ellos (2). Engolosinados con la victoria y engolfados en la persecucion, no ad-

(1) «Y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tlaxcaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo.» — Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y así fuimos todas aquellas dos leguas revueltas peleando, así con los de la tierra como con los que salian del agua, fasta que llegamos á la dicha ciudad.»—Tercera carta de Cortés.

virtieron que dos millas antes de penetrar en Iztapalapan, los indios habian roto una presa, que se hallaba entre el lago salobre y el de agua dulce. Las casas de la ciudad, edificadas en la tierra firme, habian sido abandonadas. Los habitantes se habian refugiado á los edificios construidos en el agua y que formaban las dos terceras partes de la poblacion (1). En esos puntos, defendidos por el lago, y en las islas próximas, se prepararon á defenderse los perseguidos.

Los españoles, con el agua al pecho y otros nadando, atacaron los edificios construidos en la laguna. Entre ellos iba el bravo y franco Bernal Diaz del Castillo. Los aztecas los defendian con extraordinario valor, descargando terribles golpes sobre los asaltantes. Bernal Diaz, que fué de los primeros que llegó nadando, recibió un lanzazo en la garganta, que le dejó gravemente herido, aunque siguió combatiendo por otro instante. La lucha se hizo sangrienta; pero al fin fueron perdiendo casa por casa, dejando en cada una de ellas un monton de cadáveres. Los tlaxcaltecas, cuyo ódio hácia los mejicanos no tenia límites, pues anhelaban vengarse de las privaciones á que les tuvieron condenados por espacio de un siglo, descargaron su furia sobre sus enemigos. El niño, el anciano, la mujer y el guerrero sufrieron la misma suerte. Furiosos, y sin escuchar mas voz que la de la enemistad, nada era capaz de contenerles en los momentos de la victoria. Mas de seis mil personas perecieron en ese combate, entre soldados,

(1) «Que estaban mas de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.